

La gema perdida

Benito, el caracol, disfrutaba paseando sobre la hierba alta durante los días cálidos y soleados. Lo que más le gustaba era encontrar adornitos que utilizaba para decorar su hogar.

Una radiante mañana de primavera mientras daba su paseo cotidiano, Benito iba tarareando una alegre melodía cuando vio algo que brillaba:

—Hmmm, ¿qué será?

A los pies de una enorme seta había una preciosa gema azul. Benito la recogió. A la luz del sol brillaba y relucía.

—¡Qué maravilla! —exclamó—. Se verá preciosa en mi hogar.

Con mucho cuidado, Benito tomó la gema y se fue a casa.

Más tarde, Benito estudió atentamente la gema. Sonrió contento al ver lo magnífica que era.

—¡Todos mis amigos deberían verla! —dijo con orgullo.



Así que, al día siguiente llamó a sus amigos y vecinos para invitarles a ver su nuevo tesoro.

Poco después, docenas de caracoles e insectos abarrotaban su hogar para admirar la deslumbrante gema. Durante los dos días siguientes, la gema de Benito fue la comidilla del vecindario, todo el mundo hablaba de ella; nadie había visto jamás algo tan hermoso. *Benito la pulía cada noche para asegurarse de que resplandeciera tan brillantemente como los rayos del sol.*

Una fría noche alguien llamó a la puerta de Benito. Era una araña peregrina.

—Señor, me llamo Lita —dijo la araña— y quería saber si usted tendría un lugar donde yo pueda pasar la noche.

Benito invitó a la araña a su casa y le ofreció algo de cenar.

Tras una comida caliente, Benito preguntó:

—Dime Lita, ¿qué te trae de viaje por estas tierras? Parece que vienes de muy lejos.



—Hace muchos meses —contestó Lita— fui a visitar a mi familia a un lejano valle. Antes de irse, una amiga mía me había obsequiado como muestra de amistad una magnífica gema. Como yo iba a realizar un largo viaje, no podía llevar más que mi comida y algunas necesidades básicas, así que dejé la gema en mi casa.

Desgraciadamente, cuando regresé un tiempo después, no pude encontrarla. Busqué por toda la casa, arriba y abajo, pero había desaparecido. Desde entonces sigo buscándola, y ya no sé dónde más buscarla.

—Caramba —exclamó Benito—, no puedo ni imaginarme lo que haría si perdiera *mi* gema.

—¿Tú también tienes una gema? —preguntó Lita.

El rostro de Benito se iluminó con orgullo.

—¡Ah, sí, mi preciosa gema! Debería mostrártela.

Benito tomó la gema que estaba en la repisa de la chimenea y se la enseñó a Lita.

—¡Es ésta! —gritó Lita—. ¡He encontrado mi gema perdida!



Benito enrojeció de ira. Rápidamente cubrió la gema con la mano.

—¿Cómo te atreves a decir que mi gema es tuya?

—Pero es idéntica a la que yo perdí —respondió Lita entre lágrimas—, la he buscado por todas partes. Pero, bueno —siguió hablando con tristeza—, es posible que en realidad no sea la mía.

Benito se despidió rápidamente de Lita dándole las buenas noches. Aún apretaba la gema contra su cuerpo y le dijo a la araña que podía dormir junto a la chimenea.

— ¡Yo encontré esta gema! —pensó furioso—, y nadie me la va a quitar.

Pero mientras no pudo dormir en toda la noche.

—¿Y si ésta es la gema de Lita? Estaría mal que me la quedara. Pero la gema es tan preciosa —pensaba—. Y he pasado tanto tiempo puliéndola y poniéndola bonita... Lo justo es que yo me la quede.

Por mucho que lo intentó, Benito no podía quitarse de la cabeza la imagen del triste rostro de Lita. Por fin, Benito se levantó de la cama y fue donde ella permanecía acurrucada cerca de la chimenea.



—Lita, Lita —susurró suavemente.

—Sí. ¿Qué pasa? —respondió Lita.

—Tienes razón —dijo Benito—. ¡Creo que ésta es tu gema! Hace un tiempo me la encontré mientras paseaba. Me puse muy contento de hallarla, y los vecinos se la pasaban hablando sobre ella. Pero —Benito sacudió la cabeza—, estaría mal que no te la devolviera.

—¿Hablas en serio? —exclamó Lita emocionada.

—Sí. Hablo en serio. Soy muy afortunado, Dios me ha dado muchas cosas y sé que Él me bendecirá si hago lo correcto, y lo correcto es devolverte la gema. Quizás yo no tenga una gema, pero tengo muchas otras cosas que puedo disfrutar. Y quizás un día Dios me dará otra tan hermosa como ésta.

—Eres muy amable —exclamó Lita—, no sé cómo agradecértelo. ¡Me has hecho muy feliz!

Benito también estaba contento. Le dio una suave palmadita a Lita y sonrió:

—En verdad es más bienaventurado dar que recibir.

